

TESTIGO DE LA HOSPITALIDAD



Milagros Setuain Rubio

Hermana Hospitalaria. Viceprovincia de Argentina

Nací el 3 de febrero de 1943, en un día muy frío de invierno con nieve, en Zadaleri, un pequeño pueblo de Navarra (España).

Fui la primera de tres hermanas y ese mismo día me bautizaron.

Rasgos biográficos

Poco tiempo después de mi nacimiento mi familia se trasladó a Torres, un pueblecito agrícola, situado a poca distancia de Zadaleri. Allí crecí en un ambiente muy sencillo; eran tiempos en los que se palpaba la pobreza como consecuencia de la guerra civil que pocos años antes había vivido España.

A los cinco años comencé a ir al colegio y dicen que era una alumna muy aplicada, de buenas notas. Dos años después, hice la primera comunión y conocí a Jesús y aunque lo veía lejos Él estaba conmigo, era mi confidente en lo bueno y también de mis travesuras, deseos, sueños... en definitiva, de todo lo que había dentro de mí. Desde muy niña quise ser religiosa, mi sueño era ser maestra y poder ir a misiones. Conocí a muchas religiosas pero ninguna me gustaba, hasta que encontré a las Hermanas Hospitalarias.

Primer contacto con las Hermanas Hospitalarias

Una de mis primas estudiaba en el Colegio Apostólico de las Hermanas Hospitalarias en Pamplona, a través de ella contacté con la encargada, sor Juana Pardo, para que me admitiera y el 7 de septiembre de 1956, a la edad de 13 años comencé a estudiar allí como interna.

En el colegio con el acompañamiento siempre atento de las hermanas y sacerdotes fui creciendo, junto con los años, en madurez personal, fe, formación humana y sobre todo en mi despertar vocacional. Cuando tenía posibilidad asistía a las enfermas que estaban internadas en la Clínica, todas ellas mujeres con enfermedad mental; me dolía mucho verlas sufrir, tristes, sin poder hacer nada, sólo querían estar acostadas; pero cuando se ponían bien eran otras personas, se arreglaban, salían a la ciudad, se movían de manera independiente, y es en ese momento cuando pensé: "si no fuera por la clínica y las hermanas esas señoras no estarían así".

Me llamó la atención la frase "... lo que hacéis a uno de estos pequeños, a mi me lo hacéis...", no entendía cómo Jesús se podía encarnar en estos "seres" que no parecían personas. Fue mi crecimiento fuerte en la fe, y descubrir que el Resucitado no tiene cuerpo, ¡Gracias Señor por este encuentro contigo! ¡Gracias por haberme llamado!

Primeros pasos en la Congregación

El 24 de octubre de 1960 comencé el aspirantado en Ciempozuelos, y el 24 de abril recibí el hábito y el cambio de nombre, llamándome "Milagros del Sagrado Corazón de Jesús". Los 6 meses de aspirante los pasé en el pabellón San Rafael en el que estaban las enfermas que entonces llamábamos "agitadas". Eran muchas y bastante difíciles, sobre todo alguna de ellas en los momentos de crisis; sólo las hermanas atendíamos el pabellón. No se me ponía nada por delante que no me atreviera a enfrentarlo, aprendí mucho en esos meses.

Entre los años 61 y 62 hice el noviciado, el primero dedicado más a la formación espiritual, muchas lecturas, constituciones, cartas del fundador, conversaciones con la maestra (Juana del Niño Jesús). El contacto con las enfermas fue en el pabellón de San Antonio. Durante este año le daba la comida a la misma persona, Naty, una mujer joven que estaba postrada y había que darle de comer en la boca; con ella aprendí lo que es la paciencia y me preguntaba por ese Jesús callado en la cama. Fue un año feliz, sin preocupaciones, podía entrar en mi interior y descubrí la belleza de la llamada a la Hospitalidad, no solamente servir, sino algo más profundo, descubrir a Jesús que usa mis manos, todo mi ser, para ayudar al otro que también es Jesús vestido de enfermo. ¡Gracias por los enfermos, niños y grandes, he podido atender y encontrar a Jesús de tantas maneras!.

El segundo año de noviciado lo pasé haciendo turnos de noche en el Pabellón San Rafael, que alegría ver a las enfermas dormir, descansar, y si alguna no lo podía hacer, me sentaba en su cama hasta que conciliaba el sueño. Posteriormente estuve tres meses de preparación y recogimiento absoluto, el 24 de abril 1963, ofrecí al Señor mis primeros votos (es imposible expresar lo que sentí), nunca lo olvidaré. Si bien la entrega era por un año, dentro de mí era para siempre ¡Gracias Señor por tu Fidelidad en mí!

Vida como Hermana Hospitalaria

Los años siguientes de votos temporales, los pasé en la comunidad de Valencia, realizando los estudios de magisterio, de ahí volví a Ciempozuelos, para iniciar la preparación de los votos perpetuos, que realicé el 15 de octubre de 1967.

Ciempozuelos tiene algo entrañable para mí, están los sepulcros de los fundadores, allí siento la presencia de algo vivo, que me habla, mientras los fundadores paseaban por toda la casa, mostrando como es la vida hospitalaria. Para esas generaciones que no los conocimos en persona, nunca me cansaré de dar gracias, por haber recibido desde la fuente esta vida hospitalaria.

Después de los votos perpetuos mi camino ha sido evangelizar desde la misma vida hospitalaria:

- ✓ En España pase por varios centros: Los Colegios Apostólicos de Arévalo (Ávila) Y Pamplona, en los que trabajé como profesora y directora. En los centros de atención a niños con discapacidad intelectual de Betanzos (Galicia) y Meres (Asturias), ejerciendo los mismos servicios.
- ✓ Después vine a América con lo que se cumplía mi tercer sueño: "misiones": Cochabamba (Bolivia) colegio con niños sordomudos; Hogar Margarita (Uruguay) con niñas con discapacidad; Limache (Chile) La Paz de la Tarde, hogar de ancianos, Viña del Mar (Chile) con los Hnos. de San J. de Dios; Buenos Aires, Ituzaingó, Santiago de Chile, a la Fundación Rostros Nuevos y RED de Salud Mental "San Benito Menni", donde estoy actualmente. La experiencia de estar cerca de los enfermos y necesitados y de ejercer otros servicios como animadora de comunidad, administradora, consejera..., ha ido tejiendo mi vida hospitalaria.

Momentos destacados

En mi vida consagrada me he realizado como persona, como profesional; como consagrada. Se han ido cumpliendo mis ideales y he ido creciendo en plenitud, en apertura, en entrega; también en el conocimiento e integración en otras culturas al convivir con ellas.

Esto no quiere decir, que la vida sea fácil, las responsabilidades cuestan, ser coherente con la vida no es cosa sencilla, una no se puede evadir y pasar como si no existiera, sin tomar en cuenta al otro, sus necesidades, sus palabras, sus reclamos etc., esto es lo que más me sigue costando.

La fuerza para perseverar en la vocación

Siempre he encontrado apoyos en el transcurso de mi vida; me gusta mucho leer y eso me ha ayudado, encontrarme con personas que me quieren y en las que puedo confiar, sé que me orientan bien. La vida de comunidad es una herramienta fuerte en mi vida, el encuentro con Jesús en mi persona, en el otro, en la liturgia en la oración, en el desvelo de la preocupación, han sido momentos firmes para mí.

A los jóvenes, colaboradores, voluntarios, amigos...

Los cambios que actualmente se producen en el mundo son muy rápidos y conforme pasan los años me doy cuenta que es más difícil adaptarme a ellos, a pesar de todo veo que la vida hospitalaria también crece y se adapta al momento y esto, en parte, es gracias a las personas que junto con las Hermanas llevan la obra adelante.

Siento un cariño muy grande por los colaboradores, estudiantes, voluntarios, benefactores, ellos también han recibido esta llamada a servir. Fraternalmente les diría que el enfermo sea siempre el centro de su labor, que por encima de todo está la persona necesitada, sobre todo del cariño de madre y padre que les falta; que descubran en ese enfermo al Jesús sufriente, y que todo lo hagan por El.

Esto es una verdadera vocación, no solo es un trabajo. Seguir manteniendo esa relación fraternal propia de la Hospitalidad; que todos esos valores que han descubierto los hagan crecer y llevarlos a sus familias, amistades, lugares donde vayan, que sean verdaderos mensajeros de Dios Misericordioso.

Jóvenes que sentís la llamada de Dios a una consagración definitiva; sed valientes, arriesgados, con grandes ideales, entregaos con alma y vida hacia eso desconocido y no os arrepentiréis.

Un deseo de futuro

¡Cómo me gustaría tener muchas obras, atender a muchos enfermos, que todos los que deambulan por las calles tuvieran un lugar para vivir, que se pudieran rehabilitar y volver a su vida normal!

Quisiera también que los jóvenes descubran esta vocación y se entreguen sin condiciones al Señor. Me gustaría ver una familia hospitalaria muy numerosa: Religiosas, laicos y quizá en algún momento comunidades mixtas.